

Mi estrella fugaz

Amalia respiró profundamente, el aroma a mar inundando sus fosas nasales y la fresca brisa moviendo levemente su rubia melena, había echado de menos esa sensación. Arundel era un pequeño pueblo costero y su nuevo hogar durante un mes ese verano. Cansados de la rutina de todos los años, tanto sus padres como ella decidieron que era hora de cambiar de destino y tras mucho buscar, encontraron el pueblo ideal. Largas playas bañadas por un mar casi cristalino, una gran sierra a las espaldas del pueblo que aportaba la tranquilidad necesaria para alejarse un poco del ajetreo y el bullicio de la gente y sobre todo, muchos lugares de gran interés donde poder pasar una agradable tarde.

Durante unos minutos, se quedó contemplando el mar desde la escalera de su nuevo hogar. Aquel azul conseguía embrujarla. Sonriente, entró en la casa para ayudar a colocar todo el equipaje que habían traído para pasar aquel mes y, cuando hubo terminado salió corriendo de la casa, tenía que comenzar a recorrer el pueblo.

El tiempo que le llevó salir de casa fue el mismo que tardó en perderse, era normal hacerlo en un pueblo en el que, a su parecer, todas las calles eran iguales. Las casas de un blanco brillante no le permitían diferenciar mucho donde estaba aunque finalmente y tras mucho callejear, consiguió volver al paseo marítimo. Volviendo la vista atrás y observando las calles por las que había salido comenzó a negar con la cabeza y a reírse, su primer día en aquel pueblo había originado una pequeña y divertida aventura. *Será un verano diferente*, pensó Amalia, lo que no sabía es hasta qué punto ese verano no se asemejaría a ninguno otro antes vivido o al menos hasta donde ella recordaba.

Antes de volver a casa, decidió descansar durante un rato en uno de los bancos de aquel paseo que estaba orientado hacia el mar y aprovechar los últimos rayos de sol de aquel día. Cuando estos estaban por marcharse al completo, se levantó dispuesta a volver a casa pero la vista que obtuvo fue mucho mejor de lo que alguna vez podría haber imaginado. Los rayos de sol tornando las nubes de un color rojizo e iluminando el mar hacían una mezcla que conseguía embrujarla. Tanto la embrujaban que, en su caminata, no se dio cuenta de que se acercaba a una pequeña carretera en la que circulaba un coche a la vez que ella estaba por cruzar. El claxon del coche la sobresaltó y esperó con los ojos cerrados y paralizada el golpe que le venía, pero ese golpe nunca llegó. Notó como alguien la agarraba de la cintura y tiraba

de ella, apartándola de la carretera y salvándola de lo que podría haber sido un horrible atropello. Cuando sintió que estaba a salvo, abrió los ojos encontrándose completamente sola. A lo lejos, mezclándose con la oscuridad de la noche que llegaba, le pareció distinguir una figura que se alejaba corriendo pero tras un pestañeo había desaparecido. ¿Qué acababa de ocurrir?

Cuando su corazón comenzó a latir de forma normal de nuevo, se encaminó a casa sin apartar los ojos ni un solo segundo de la carretera. ¿Habría imaginado el ser agarrada por alguien? ¿La mente era capaz de generar esa sensación? ¿Realmente había visto a alguien alejarse en la oscuridad? Una pregunta tras otra aparecía en su mente intentando buscar una explicación para aquel suceso que la había dejado con la respiración agitada. Era prácticamente imposible que alguien hubiese sido lo suficiente rápido como para acercarse a ella y alejarla del peligro antes de que el coche la arrollase y si de verdad había alguien que la había salvado, ¿por qué al girarse estaba sola? Resignada y sabiendo que quizás jamás encontraría una respuesta para aquellas preguntas, intentó relajarse cuando vislumbró su nuevo hogar. Lo que Amalia no sabía es que aquel sería el primero de muchos sucesos a los que no encontraría explicación en su estancia en Arundel.

A la mañana siguiente se despertó más tarde de lo habitual, el mediodía estaba por llegar en unos escasos minutos cuando abrió sus ojos. La noche anterior le había costado conciliar el sueño ya que no podía dejar de pensar en lo que había pasado mientras observaba la puesta de sol pero al final de cada una de sus suposiciones estaba la misma conclusión, quizás nunca sabría qué era lo que había ocurrido de verdad por lo que lo mejor sería olvidarse de ello y dejar que con el tiempo su cerebro borrara aquel suceso.

Lo que quedaba de mañana lo pasó en casa, ordenando un poco la que sería su habitación, cantando y bailando sin parar acompañada por las canciones que su ordenador reproducía. La casa estaba situada en una ubicación casi privilegiada y las dos habitaciones que poseía, tenía vistas a la playa, y ese era un hecho que Amalia había olvidado. Mientras ella bailaba de forma loca, un chico moreno la observaba sonriente desde la playa. *No ha cambiado, pensaba él, sigue siendo igual de alegre y alocada.*

Su tarde de lectura fue bastante productiva, casi había leído un libro completo. No podía evitar leer de forma compulsiva cuando un libro era realmente bueno y, queriendo descansar un poco la vista, decidió volver a recorrer un poco las calles de aquel pintoresco pueblo, esta vez, intentando no perderse ni ser atropellada. Pero sus

planes nunca van tal y como lo planeado por lo que, de nuevo, acabó perdida y sin saber cómo regresar. Definitivamente tenía que buscar un plano, no podía pasarse el día perdida. Tras unos largos minutos de recorrer calles sin tener saber hacían donde se dirigía, un chico alto y moreno se acercó a ella al ver su cara de desorientación.

— ¿Necesitas ayuda? —le dijo fijando sus ojos azules en los suyos verdes. Su pelo moreno estaba revuelto por la leve brisa que corría al igual que el de Amalia que era del mismo color pero ella destacaba a su lado mucho más ya que su tez era pálida, siendo la del chico mucho más morena.

—Hum sí—respondió finalmente dándose cuenta de que se había quedado mirándolo demasiado tiempo. —Llegué hace poco al pueblo, por poco entiéndase ayer, y es la segunda vez que me pierdo, creo que es un record o algo así—añadió hablando rápido, mostrando su hiperactividad natural.

—Puedes decirme la dirección de tu casa y yo te llevaré hasta la puerta.

—Mis padres me enseñaron a no hablar con desconocidos algo que estoy incumpliendo...

—Soy Mario—la interrumpió con una sonrisa.

—Me llamo Amalia así que ya sí que eres conocido, que suerte he tenido. Esta es mi dirección—le enseñó un pequeño papel donde la tenía apuntada. —Solo tienes que prometerme que no me vas a secuestrar—sonrió divertida.

Cuanto había echado de menos esa sonrisa, pensó Mario que estaba embelesado mirándola aunque ella no parecía reconocerlo, había hecho un buen trabajo.

Poco después y con algunas indicaciones por parte del chico para que Amalia se fuese orientando poco a poco, la llevó directamente hasta su casa y, despidiéndose con unas palabras más, se alejó de allí apresurado. Había roto su propia promesa acercándose de nuevo a ella, ¿qué tenía que le era imposible mantenerse alejado?

Aunque sus pensamientos habían estado con el otro en más de una ocasión, un par de días pasaron antes de que ambos se volviesen a encontrar. Amalia sentía algo extraño hacia ese chico y no era capaz de describir exactamente si era bueno o malo y estaba dispuesta a averiguarlo.

Se dirigía a la playa para leer cuando a lo lejos le pareció distinguir la figura musculada de Mario en una zona un poco más deshabitada de turistas y antes de que pudiese pensar si acercarse o no, sus pies ya habían tomado esa decisión por ella.

—Hola—saludó sentándose a su lado y dejando el libro sobre la toalla en la que estaba sentado el moreno.

—Hola—respondió sorprendido, no se esperaba su llegada.

—Me pareció verte y me acerqué a saludarte y como estás solo pues he decidido hacerte un poco de compañía—dijo sonriente—Aunque quizás estés solo porque eso es lo que quieres y yo estoy molestándote—añadió frunciendo el ceño levemente preocupada.

—No te preocupes, no me molestas. En cierto modo sabía que vendrías a hacerme compañía—la tranquilizó y no mentía, al menos, no del todo.

—Mientras venía de camino para leer un rato, estaba pensando en que hay algo en ti que me resulta familiar y eso es algo muy extraño porque si te conociese, te recordaría y estoy decidida a averiguar qué pasa.

— ¿Por qué crees que pasa algo? —respondió demasiado rápido como para transmitir un sentimiento de indiferencia que es lo que buscaba —Quizás conozcas a alguien que se parece a mí.

—Puede ser pero no estoy muy segura y por eso estoy decidida a averiguarlo. Además, hace dos días que no salgo de turismo temiendo perderme y necesito que un alma caritativa me haga de guía. —dijo e intentó poner cara de niña buena pestañeando más de lo habitual a lo que Mario no pudo evitar reír aceptando.

Después de estar cerca de una hora sentados frente al mar, hablando de cualquier cosa como si se conociesen de toda la vida o simplemente escuchando el vaivén de las olas, decidieron que era hora de comenzar el turismo.

Mario explicaba todo aquello que él encontraba interesante, preguntando de vez en cuando si el recorrido se estaba haciendo demasiado aburrido a lo que Amalia negaba sonriendo, le gustaba escucharlo y ver su entusiasmo por esos rincones especiales de Arundel.

Cuando el sol comenzaba a caer, el moreno acompañó a Amalia hasta su calle, temiendo que se perdiese de nuevo y se despidieron con un leve movimiento de

mano. La tarde había sido maravillosa para la chica, le gustaba estar junto a Mario y ver el entusiasmo que ponía en aquello que le gustaba pero ¿cuándo había tenido Amalia un día completamente tranquilo?

Caminaba sonriente y despacio, vislumbrado su casa al final de la calle, pensando en todo lo vivido esa tarde junto a Mario, en todas las risas cómplices compartidas. Su sonrisa se ensanchó aún más recordando ese momento en el que el chico había simulado el pulsar el timbre de una casa al azar y había salido a correr, siendo perseguido por Amalia que gritaba emocionada y queriendo matarlo por no haberla avisado pero ahí estaba la gracia ¿no?

Cuando estaba a unas casas de distancia de llegar a la suya, las farolas se apagaron todas de repente, sumiendo la calle en una completa oscuridad. ¿Se había ido la luz? No, unas calles más atrás seguían iluminadas por las farolas. Amalia se dio cuenta que al producirse el apagón su paso se había detenido por completo, por lo que volvió a reanudar su marcha, esta vez con un paso un poco más rápido. No es que no le gustase la oscuridad, la toleraba, simplemente estar en completa oscuridad en una calle solitaria de un pueblo que no conocía le hacía estar nerviosa.

La puerta de la valla que cercaba la casa que se encontraba justo a su lado, la número 4, se abrió provocando un fuerte y desagradable sonido. Amalia tenía los nervios, o más bien el miedo, a flor de piel y no era momento de ponerse histérica ¿verdad? Siguió aligerando su paso hasta encontrarse casi corriendo pero algo hizo que se detuviese de nuevo. Intentando mantener el equilibrio y los ojos bien abiertos, observó la calle. No había nada ni nadie que pudiese haber provocado que se chocase. Estaba al borde de la histeria. Quería gritar pero la voz no salía de su garganta. No es que la voz no le saliese, es que algo le agarraba de la garganta, oprimiéndosela e impidiéndole el poder respirar correctamente. Sus pies comenzaron a despegarse levemente del suelo, lo que significaba que sea lo que fuese lo que la estaba levantando, era mucho más alto que ella. No era capaz de distinguir correctamente si la oscuridad que veía era la de la calle o si le era imposible abrir los ojos. Intentaba patalear, intentando darle a su agresor pero sus golpes parecían no causarle efecto alguno. Agarró sus manos a los brazos de aquel hombre alto, eso era lo único que había podido averiguar a tientas, impulsándose un poco hacia arriba para poder disminuir la presión que estaba ejerciendo sobre su cuello. No quería matarla, si ese fuera su cometido, estaba segura de que habría dejado de respirar hacía unos cuantos minutos. Aprovechándose de esa reducción de presión que, a pesar de ser leve, le había proporcionado un poco de aire que le había parecido el cielo, abrió un

poco un ojo pero algo ejercía fuerza sobre ellos para mantenérselos cerrados. ¿Era eso que estaba sucediendo posible? ¿Se lo estaba volviendo a imaginar todo como hacía unos días atrás? O quizás había entrado en casa y se había dormido y todo aquello era una simple pesadilla. A pesar de querer creer esa última opción sabía que no era cierta. Estaba siendo atacada y lo poco que sus ojos le permitían ver no le aportaba absolutamente nada. No era capaz de ver nada.

—Aléjate—siseó aquel hombre que poseía una voz bastante grave—Si no lo haces tendrás muchos problemas y esto te parecerá un juego de niños.

No sabía a qué se refería pero asintió con la poca energía que le quedaba para que la dejase en paz y por suerte, lo consiguió. La soltó de golpe haciendo que cayese de golpe al suelo, mañana tendría un gran moretón en la cadera pero ese era el menor de sus problemas en este instante. Tosiendo en busca de aire abrió los ojos todo lo que pudo, siendo cegada por la luz que emitían las farolas que habían vuelto a funcionar. Pestañeó intentando acostumbrarse pero para cuando sus ojos dejaron de quejarse por la luz, la calle estaba completamente vacía. Aquel pueblo la estaba volviendo loca.

Cuando se hubo recuperado, corrió todo lo rápido que pudo hasta su casa, era bien entrada la noche por lo que sus padres habrían cenado sin ella suponiendo que lo haría con Mario pero, diciendo la verdad, Amalia lo único que quería era acurrucarse en su cama bajo las sábanas e intentar dormir pero no le sería fácil conciliar el sueño después de aquello.

Por suerte, a pesar de haber tardado unas horas en dormirse, una vez que lo hubo hecho se sumió en un profundo sueño del que despertó cuando su madre llamó suavemente a la puerta para avisarla de que era la hora del almuerzo. Se desperezó intentando procesar si aquello había sido una pesadilla o si realmente había sido atacada y para su desgracia al tragar, notó un fuerte dolor en la garganta. Había sido real. Se dirigió al espejo, esperando encontrarse con un cuello amoratado pero no tenía nada. Si no fuese por el dolor, incluso ella misma asumiría que se estaba volviendo loca.

La tarde la pasó en su habitación, asegurándose de que la ventana estaba bien cerrada y no había ninguna posibilidad de que nada ni nadie entrase. El móvil le sonó en varias ocasiones, indicando que Mario estaba buscándola pero no sabía si debía contarle lo que había sucedido, ¿la creería? Probablemente no, ¿quién lo haría si le contase que había sido atacada por un hombre que había sido capaz de sumir la calle

en completa oscuridad y cerrarle los ojos aún teniendo sus manos en su cuello obstruyendo el recorrido del aire? Ya lo sabía ella, nadie. Y para más credibilidad no tenía ningún moratón ni marca visible que pudiese corroborar su versión y fue por eso por lo que decidió que no contestaría a ninguna de sus llamadas. Pero muy a su pesar y quizás por haber querido volver a casa como fuese, Mario sabía su dirección y también sabía muy bien que desde la playa, desde aquel sitio apartado de turistas en el que habían pasado un buen rato el día anterior, había una vista muy directa y clara de la ventana de Amalia. El chico no tardó en aparecer en aquella playa después de que su tercera llamada fuese al buzón de voz, estaba preocupado pero su cuerpo se relajó por completo, soltando una bocanada de aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo cuando la vio sentada en la silla de su escritorio con la mirada fija en el portátil. Volvió a llamarla y observó como la chica cogía el teléfono y después de un segundo lo volvía a soltar en el escritorio, ignorando su llamada. ¿Qué le pasaba? Decidido a averiguar qué estaba pasando por lo que encaminó su marcha hacia la parte delantera de la casa, quizás entrar por la ventana, que había sido su primera opción, no era una idea demasiado buena. Llamó al timbre de la casa, cerrando los ojos e implorando que Natalia, la madre de Amalia, no se acordase lo más mínimo de él, eso significaría que había hecho un buen trabajo y no tenía por qué preocuparse y parecía que así era. Cuando preguntó por Amalia, la mujer le preguntó quién era y después de una breve charla, le indicó cómo llegar hasta la habitación de la chica. Abrió la puerta con cuidado, no queriendo sobresaltar a la castaña y saludó con una pequeña sonrisa cuando estuvo dentro y hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

—Hola—respondió su saludo un poco sobresaltada—No sabía que ibas a venir.

—No iba a hacerlo, creía que sería una buena idea pasar la tarde en la playa pero al ver que ignorabas todas mis llamadas pensaba que te habías molestado por algo que no sé que he hecho.

—No estaba ignorando tus llamadas...—respondió con un tono de voz demasiado bajo como para parecer creíble.

—Sí que lo estabas haciendo, no puedes mentirme. Aunque no lo sepas, te conozco demasiado bien. —Amalia asintió en respuesta sabiendo que tenía razón. Ahora lo único que pasaba por su mente era si debía contarle lo que había sucedido y su voz comenzó a salir antes de que tuviese tiempo de pensarlo.

—Anoche, cuando te fuiste sucedió algo extraño que quizás no creas. —comenzó a relatar y tras eso fue contando todo lo que había vivido la noche anterior y para su

sorpresa, Mario no la tomó por loca, en cambio le dedicó unas palabras reconfortantes y prometiéndole que sería algo así como su sombra, cosida de la misma forma en que lo había hecho Peter Pan para no perder la suya. Pero al igual que Mario sabía muy bien cuando Amalia mentía y cuando había algo que la atormentaba, ella sentía lo mismo y en ese instante intuía que había algo atormentado al chico pero ya que él quería fingir que no pasaba nada ella decidió darle tiempo para que se lo contase cuando creyese conveniente.

Pasaron la tarde en la habitación de Amalia y esta quería conocer un poco más al moreno ya que siempre era ella la que hablaba durante todo el tiempo que pasaban juntos pero cuando comenzó a preguntarle sobre su infancia, su familia y si aquel era su pueblo, Mario le respondía con respuestas vagas y evasivas por lo que al final, Amalia se dio por vencida, aceptando que sería imposible que le contase nada. La noche cayó y con ella Mario se marchó, prometiéndole que al día siguiente iría a buscarla para que fuesen a la playa a leer, a pasar el rato o si quería a dar un paseo pero ese momento no llegó y esta vez fue el turno de Amalia de estar preocupada pero la diferencia era que ella no tenía ni idea de donde podía encontrarlo.

Tras callejear durante unas horas intentando recordar el camino por el que había llegado no encontró absolutamente nada. Mario no estaba ni en esa calle en la que se habían encontrado por primera vez, ni en ninguno de esos rincones que le había confesado que le gustaban tanto, ni en la playa y lo peor es que nadie lo conocía o se acordaba de ningún Mario y eso la estaba poniendo nerviosa, era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Después de unas horas de busca decidió darse por vencida, volviendo resignada a casa y ahora solo le tocaba esperar.

Los días pasaban y Mario no había dado ninguna señal de vida y tuvieron que pasar cuatro largos días para que Amalia pudiese respirar tranquila. Estaba ella asomada a la ventana de su cuarto, contemplando el oscuro cielo repleto de estrellas cuando de repente comenzó a ver unas cuatro o cinco estrellas fugaces seguidas. Cerró los ojos con fuerza y pidió su deseo *Que esté bien* pensó y la respuesta a eso no tardó en llegar. Una media hora después, vio como un chico caminaba solo por la playa, parecía que iba con un poco de prisa pero mantenía la cabeza gacha observando cada uno de los pasos que daba, sus pies fundiéndose en la arena. Amalia estaba a punto de gritar cuando consiguió identificar a Mario en aquella figura, estaba ahí y parecía que estaba bien.

Con paso ligero salió de su casa y se dirigió a la playa, cuando lo vislumbró aligeró un poco más el paso hasta el punto de estar casi corriendo. Cuando por fin lo

tuvo cerca no pudo evitar el echarse a sus brazos, algo que sorprendió al principio al chico pero que después aceptó gustoso.

—Estaba preocupada por ti, idiota—dijo con un cierto tono de enfado la chica.

—Lo sé y lo siento. Tuve que salir por unos pequeños problemas familiares de carácter muy urgente y ni siquiera tuve el tiempo necesario para avisarte. —respondió a modo de disculpa y no mentía, al menos no del todo.

— ¿Ni si quiera para responderme las llamadas? —Clavó su mirada en sus ojos azules que debido a la escasa luz, se asemejaban bastante al color del mar a lo que obtuvo como respuesta un ligero movimiento de cabeza en forma negativa. Aún no se habían soltado de ese abrazo y ninguno quería hacerlo pero no queriendo incomodar al otro se separaron uniendo al momento sus manos. Ese pequeño roce provocó que las mejillas sonrosadas de Amalia se tornasen en un fuerte color rojo y aunque pensaba que con la oscuridad Mario no notaría nada, se equivocó pero este solo le dedicó una pequeña sonrisa.

Caminaron en silencio acompañados por el romper de las olas hasta que Amalia rompió esa paz que se había creado a su alrededor queriendo saber un poco más sobre su pequeña desaparición.

—Mi familia es más diferente de lo que puedas imaginar y el viaje hasta mi hogar es bastante largo por eso he tardado tanto tiempo en volver. Hay cosas que aún no te puedo contar pero quizás algún día lo haga.

Amalia aceptó resignada esa respuesta, no quería presionar al moreno para hablar de algo de lo que no quisiese pero a ella le gustaba saber las cosas. Un rato después, notando como la brisa se volvía cada vez más fría, decidieron que era hora de despedirse.

Al día siguiente, los jóvenes no se encontraron hasta casi el atardecer pero esta vez Mario sí que respondió a la llamada de Amalia, diciéndole que le tenía algo preparado e indicándole dónde debería estar y a qué hora para tener su sorpresa. Desde ese momento, después del mediodía, la chica se convirtió en un manojito de nervios. La gustaban las sorpresas, le encantaban pero por otro lado las odiaba porque a ella le gustaba saber qué estaba pasando y qué iba a pasar pero quizás ese día pudiese aguantar con la intriga. Con el atardecer, Amalia estaba esperando a Mario en esa zona desierta de la playa que sentían casi como suya con vestido de flores que la hacía sentir bonita, al menos un poco más de lo que se sentía

normalmente. Después de unos cuantos halagos por parte del chico y uniendo sus manos de la misma forma en que lo habían hecho la noche anterior, comenzaron a caminar riendo y hablando de cualquier tema. Amalia dejando que Mario la guiase hasta una pequeña explanada no muy arriba de la pequeña sierra que les proporcionaba una sombra muy agradable. No muy lejos del camino se podía ver un pequeño mantel de cuadros en el suelo con una cesta de mimbre justo encima, tal y como aparecían en las películas americanas. Amalia estaba asombrada y temía que la sonrisa se le saliese de su cara, aquel chico era increíble. Mario se había pasado el día preparando un picnic-cena de lo más completo, no faltaba detalle alguno, incluso preparó un pequeño ramito de flores naturales en un vaso de cristal.

Como todo un auténtico caballero, Mario le ayudó a acomodarse, a servirse e incluso en algunos momentos comenzó a hablar como un caballero salido de una película de la Edad Media algo que causó una sonora y profunda carajada en Amalia. Aquella tarde no podía mejorar más. La chica, tal y como siempre hacía, comenzó a hablar de cualquier tema con hiperactividad y Mario se limitó a escucharla y observarla, adoraba poder hacer aquello pero en un momento de silencio, con el sol puesto casi por completo, el chico decidió que era su turno de hablar.

—Sé que quieres saber más acerca de mí...—comenzó diciendo y cuando Amalia intentó interrumpirlo, él levantó un dedo pidiendo un momento para que acabase de hablar—Sé que no tengo por qué hablar pero quiero que me conozcas al menos la mitad de lo que yo te conozco a ti. Mi lugar de origen está bastante lejos y no me creerías si te dijese cuál es, así que podemos dejarlo en un lugar muy muy lejano. Mi familia es bastante normal, nada a lo que estés acostumbrada pero son normales para mí. Tengo tres hermanos, somos dos parejas de gemelos y nos llevamos muy bien entre nosotros, nos apoyamos y defendemos y daríamos la vida uno por otro. Mis padres son las personas más alocadas y divertidas que jamás puedan conocer y, aunque en un principio no aprobaron del todo que me fuese tan lejos de casa, asumieron que era un proceso que, a pesar de que no todos los jóvenes lo tenían, yo necesitaba salir del nido. Lo malo es que no todo el mundo en mi pla...pueblo—se corrigió rápidamente—comprenden mis ganas de salir y recorrer otros lugares. Debería haber visto que alguno de los guardianes vendría a vigilar lo que hacía, tal y como todos los años, pero no siempre estoy pendiente del futuro. Debería haberte salvado el otro día pero no lo hice y no sabes cuánto lo siento —se disculpó y Amalia creyó entender que eso que le contaba tenía algo que ver con su ataque de la semana anterior pero ¿cómo? —Lo irás entendiendo todo poco a poco—explicó al ver su cara de confusión—Es por eso por lo que volví a mi hogar, a preguntar por qué te habían

atacado o simplemente por qué había alguien siguiéndome. Mis padres no sabían nada y sé que dicen la verdad pero los gobernantes no quisieron responder a ninguna de mis preguntas y dijeron que eras un peligro para nosotros y que podía volver pero para despedirme de ti. Acepté pero como puedes ver no tengo ninguna intención de cumplir mis palabras aunque eso no suene muy de caballero—soltó una pequeña risa intentando amenizar la tensión que se estaba creando. Iba a continuar su relato cuando Amalia volvió la vista al cielo.

—Estrellas fugaces—susurró pero a diferencia de todas y cada una de las veces que las había visto desde que era una niña, no tenía nada que desear. Su mente estaba saturada de información y no podía pensar en nada más.

—No son estrellas fugaces—dijo Mario con una expresión de miedo en su rostro. —Vamos—se levantó veloz, recogiendo todo lo que tenían allí y cargándolo en su hombro. Amalia no entendía nada. —Te prometo que te lo explicaré todo cuando pueda pero ahora tenemos que resguardarnos en un lugar seguro. —Los vellos de los brazos de Mario se erizaron—Están demasiado cerca—susurró para sí mismo, Amalia seguía sin entender absolutamente nada. Esta soltó un pequeño grito cuando los brazos del chico la sujetaron por sus rodillas y pecho, cargándola en brazos. —Cierra los ojos—le pidió a lo que obedeció al instante. Sabía que algo iba mal aunque no pudiese averiguar que era ese algo.

Una ráfaga de aire agitó su melena haciendo que abriese los ojos rápidamente. Estaba en la puerta de su casa ¿cómo se habían movido tan rápido? Quería preguntar un millón de cosas pero sabía que no era el momento más adecuado. Mario le dijo que entrase en casa rápido, haciéndole prometer que no hablaría con nadie de lo que había pasado esa tarde y aceptando, entró a casa y lo observó desde la ventana situada al lado de la puerta ¿qué hacía? Su boca se movía pronunciando unas palabras que Amalia no alcanzaba a escuchar y sus manos se movían haciendo unas extrañas figuras cuando de repente una bola de luz azul salió de ellas, envolviendo toda la casa y desapareciendo igual de rápido que había llegado. Amalia comenzaba a pensar que se estaba volviendo loca de verdad y que en su vida no habría ni un solo día de tranquilidad.

(...)

Amalia había perdido todo rastro de esperanza de volver a ver a Mario. Había pasado una semana y media desde aquel extraño suceso y en dos días dejaría atrás ese pueblo hasta el verano siguiente y junto con él, la locura que le había provocado y

sobre todo a Mario. Eso era lo que más le dolía a Amalia. No tenía forma de contactar con él ya que, volviendo a repetir el patrón de unas semanas anteriores, no respondía a sus llamadas, se había esfumado del planeta. En esos días en los que no hacía otra cosa más que pasear, leer y preocuparse por él había descubierto la cantidad de sentimientos que tenía hacia aquel moreno. Comenzaba a quererlo pero se había dado cuenta de eso demasiado tarde, ya él no estaba o al menos eso creía ella.

Como cada noche desde que Mario se marchó, dejó la ventana de su habitación entre abierta. Sabía que si él la buscaba probablemente tocaría el timbre pero quería facilitarle todo lo posible la entrada y de alguna forma, implorar su llegada con esa ventana abierta. Y fue por ella por la que entró el moreno bien entrada la madrugada de ese día. Amalia yacía en la cama, con su cuerpo mirando hacia la ventana, dormida y con el móvil en su mano. Eso provocó un profundo dolor en el chico. Sabía que quizás ella estuviese preocupada por él pero no pensaba que fuese hasta tal punto. Se sentó en el suelo, a su lado y la observó. Dormida transmitía una paz que hacía semanas que Mario no sentía, exactamente desde que se marchó de ahí. Miró a su alrededor y vio una maleta en el suelo, repleta de ropa y recuerdos. Se marchaba y había llegado a tiempo pero ahora comenzaba a dudar si esa había sido la mejor decisión. Había sucedido lo mismo el verano anterior, le había roto el corazón. Intentó mantenerse alejado esa vez, pero le fue imposible.

Con cuidado comenzó a acariciarle el pelo, sabiendo que no tenía mucho tiempo, con el amanecer debería estar de vuelta. La primera respuesta de Amalia fue fruncir el ceño y mover su mano a su pelo para apartar lo que fuese que la tocaba pero cuando sintió una mano abrió los ojos de golpe.

—Mario—susurró conmovida y a su voz le acompañó unas pequeñas lágrimas que comenzaban a salir de sus ojos despacio, dejando un camino brillante por su rostro. Ambos querían hablar pero la voz no les salía de sus gargantas o más bien no encontraban las palabras necesarias para decir aquello que sentían en aquel instante por lo que simplemente se fundieron en un profundo abrazo que mostraba todos y cada uno de los sentimientos que no sabían expresar. Después de unos minutos, se separaron, Mario poniendo suavemente sus pulgares sobre las mejillas de la chica, eliminando el rastro de las lágrimas.

—No llores—dijo con la voz rota—Lo siento mucho. —y antes de que pudiese decir nada más acercó sus labios a los de Amalia, uniéndolos en un suave beso. Se habían echado de menos y lo estaban mostrando en aquel instante.

Mario se alejó despacio de la chica, no quería hacerlo pero el tiempo corría.

—Ven conmigo a la playa—le pidió—Tengo que explicarte muchas cosas y no quiero que tus padres nos sorprendan en tu habitación. —rió intentando que Amalia lo hiciese con él y así las lágrimas dejasen de salir de sus ojos.

Con cuidado de no hacer ruido, salieron de la casa y con sus manos unidas, no queriendo separarse del otro más de lo necesario, llegaron hasta la playa, donde se sentaron cerca de la orilla.

—Sé que tendrás un montón de preguntas—comenzó diciendo el chico—pero no creo que tengamos tiempo de resolverlas todas. En realidad yo no debería estar aquí pero he conseguido escabullirme unas horas y debo estar de vuelta con el amanecer.

— ¿Te volverás a ir? —frunció el ceño Amalia y lo único que obtuvo como respuesta fue un leve y triste asentimiento. —No vas a volver ¿verdad? —En esta ocasión Mario no le respondió pero con ese silencio sabía cuál era la respuesta.

—Estas semanas no han sido fáciles ¿sabes? Mi familia sigue siendo la única que me comprende y que ha dado la cara por mí. Todos mis amigos, los vecinos de toda la vida, todos me han dado la espalda. Quizás esto te suene demasiado raro pero mi hogar no está en este planeta. Mi hogar se llama Eos, está a unos cientos de años luz de aquí y hay un código para los aventureros como yo que quieren venir y conocer tu planeta. —Amalia tenía los ojos abiertos con asombro. No entendía que estaba diciendo ni porque calificaba a la Tierra de su planeta, ¿acaso estaba hablando en serio? —Un guardia me seguía a todos lados aunque yo no me diese cuenta y cuando estábamos en la pradera pensó que iba a incumplir la primera norma, no podemos desvelar nada de nosotros ni nuestro planeta a ningún humano. Y en cierto modo creo que iba a hacerlo, iba a hablarte de mí porque quería que me conocieses tal y como soy, como un Eosen.

—Espera—interrumpió Amalia, eso era demasiado increíble — ¿Me estás diciendo que eres un extraterrestre? —cuestionó

—Me esperabas con un cuerpo verde, varios brazos y un ojo en el centro de mi frente ¿verdad? —rió y Amalia solo pudo asentir levemente avergonzada. —Sé que es difícil de creer pero ya lo hiciste el verano pasado.

— ¿El verano pasado? —interrumpió de nuevo.

—Tú y yo sí que nos conocíamos. Cuando fuiste a veranear por primera vez, a los siete años, yo estaba por casualidad en el mismo lugar, nos hicimos amigos y desde entonces he estado buscándote en cada rincón del planeta todos los años. Cuando era pequeño tenía la habilidad de transformar mi cuerpo, ser más joven o más mayor a mi antojo y es por eso por lo que pude acercarme a ti, aunque no lo creas los años en mi planeta pasan muy despacio y vivimos muchísimo más que vosotros. Cada verano conseguía acercarme a ti pero por alguna razón, tú no me recordabas ninguno de ellos. Después de los cuatro primeros años, pregunté en casa a qué se debía y me dijeron que borran tu memoria y la de todas las personas que me han visto para garantizar la seguridad y evitar que alguno de vosotros hable más de la cuenta sobre algo que ha visto y no debería. Todos los años me olvidabas y todos los años conseguía acercarme a ti. El año pasado casi me descubres y me advirtieron que debía alejarme de ti o lo nuestro podía acabar mal y así ha sido. No supe cómo hacerlo, me pasé todo el año esperando a que fuese verano para poder estar contigo y si no te podía buscar ¿qué iba a hacer yo aquí a partir de ahora? Los ignoré, pensando en que jamás sabrían que los había desobedecido pero ellos sabían que no les haría caso por lo que mandaron a un guardián a vigilarme y todo se ha sabido. — hizo una breve pausa, dándole tiempo a Amalia de procesarlo todo.

— ¿Tienes poderes? —preguntó con una pequeña sonrisa que consiguió que Mario se relajase por completo, no se había vuelto loca.

—Me encanta como de todo lo que te he dicho solo te has quedado con eso.

—También quiero que me hagas un breve resumen de nuestra historia desde que yo tenía siete años, de eso no me voy a olvidar, pero ahora respóndeme.

—Sí, tengo poderes—rió. —Puedo teletransportarme, es por eso por lo que pude salvarte cuando ibas a ser atropellada en tu primer día en Arundel. También puedo ver el futuro aunque no todo el rato.

— ¡Es por eso por lo que me era imposible derrotarte en nuestros combates! Sabía que había alguna clase de truco.

—Shhh—puso su dedo índice en sus labios—Es un secreto—bajó la voz riendo—Eso es todo, cuando somos pequeños, los Eosen tenemos todos los poderes que se conocen en nuestra especie y conforme vamos creciendo vamos perdiendo habilidades hasta quedarnos con las que serán nuestras para siempre.

—También te conviertes en estrella fugaz—susurró Amalia dándose cuenta.

—No es exactamente una estrella fugaz ni tampoco un poder supongo, lo podemos hacer todos, es nuestro medio de transporte desde la Tierra hasta Eos, pero sí, puedo convertirme en estrella fugaz.

Amalia estaba maravillada con todo lo que Mario le estaba contando y alucinó aún más cuando este comenzó a contarle las mejores de sus aventuras cuando eran pequeños. Le daba rabia no poder acordarse de todo aquello.

—Me hubiese gustado encontrar una solución para que todo fuese diferente—añadió Mario tras unos segundos de silencio—Que tu y yo nos hubiésemos conocido en otras condiciones, que las reglas de mi planeta fuesen un poco más flexibles, que no me tuvieses que olvidar cada año. Supongo que en cierto modo es normal que pongan todo tipo de medidas contra la filtración de información a humanos, aunque nunca han tratados con ninguno de vosotros, no os conocen. Quizás si lo hiciesen, comprenderían que sois seres inofensivos pero no quieren hacerlo, he intentado hablar con el gobernador y que me dejase presentarte ante él pero se ha negado en rotundo.

—Este verano ¿volverá a ser igual? —preguntó Amalia asustada— ¿Te volveré a olvidar?

—Si no lo hago yo, lo harán ellos y...quiero evitar que alguno de los guardianes vuelva a acercarse a ti.

—No quiero olvidarte—sus mejillas comenzaron a llenarse de nuevo por unas pequeñas gotas cristalinas. Eso le partía el corazón a Mario, no le gustaba verla llorar y mucho menos por su culpa.

—Durante este año, buscaré la forma de que no tengas que olvidarme, no sé como lo haré pero te prometo que el año que viene, cuando me conozcas de nuevo, no tendrás que olvidarte de mí nunca más. Quizás consigo que me dejen quedarme aquí más tiempo y volver solo de forma esporádica, no estoy seguro pero haré todo lo que esté en mi mano para poder estar a tu lado. —intentó tranquilizarla pero una parte de sí sabía que eso que estaba prometiendo sería muy difícil de cumplir.

Amalia no contestó, nada que dijese en aquel momento haría que se tranquilizase a menos que le dijese que sus recuerdos estaban a salvo. Se quedaron abrazados, tumbados en la arena, sin decir nada, simplemente escuchando el latir del corazón del otro. Durante dos horas eso fue lo único que hicieron, con alguna

conversación esporádica pero que cesaba pronto, se habían quedado sin palabras que decir.

Mario comenzaba a sentir la aurora, la diosa de su planeta, de ahí su nombre y sabía que era hora de marcharse, de decir el último adiós.

Cuando Mario comenzó a incorporarse, Amalia sabía que venía con eso, intentó retener las lágrimas pero no pudo, ¿quién puede hacerlo cuando sabes que vas a olvidar a tu primer amor, al menos, durante un tiempo?

—Si no me marcho pronto tendré problemas—comenzó diciendo. —Daría lo que fuese por poder pasar unos minutos más contigo, un día más viéndote tal y como eres, con tu hiperactividad a flor de piel, hablando sin parar y con una sonrisa permanente en tu rostro y esa es la imagen que me quiero llevar de ti y no la de tu preciosa cara bañada en lágrimas.

—Te voy a echar de menos—Lo abrazó de nuevo. —Aunque no te recuerde—rió levemente dándose cuenta de que lo que había dicho perdería sentido en unos minutos. —Aunque me olvide de ti, sabré que hay algo que me falta. Como cuando has perdido algo pero eres incapaz de recordar qué. Yo olvidaré a mi otra mitad pero creo firmemente en la leyenda china de los lazos rojos, esa que dice que todas las personas que están destinadas a estar juntas están unidas por un finísimo lazo rojo que se estira o encoge pero nunca se rompe. El otro extremo de mi lazo está en ti y algún día seremos capaces volver a unirlos, pero esa vez para siempre.

Ahora fue Mario quien comenzó a derramar lágrimas. Amalia era todo lo que alguna vez había podido imaginar y aunque esa misma historia se tuviese que repetir año tras año, conseguiría averiguar la forma de estar con ella para siempre.

El sol comenzó a iluminar la tierra con sus primeros débiles rayos y sabían que no podían esperar más. Mario aún con lágrimas en su rostro, levantó su mano hacia la frente de Amalia, tenía que hacerlo.

— ¡Espera un momento! —pidió la chica cuando su mano estaba a unos escasos centímetros— ¿Puedes hacer una cosa más por mí?

—Sabes que te bajaría la luna si eso es lo que quieres.

—No hagas que me olvide de todo, por favor. Sé que tienes que borrar todos los momentos en los que apareces pero te he visto un par de veces convertido en estrella fugaz. Siempre he amado las estrellas fugaces, no borres esos momentos en los que

recorrías el cielo. No sabré que eres tú pero sí que sabré que hay algo diferente en algunas de las estrellas que recorren el firmamento. El verano que viene quizás vea un lucero diferente, uno más brillante y bonito que el resto y de algún modo quiero saber que algo bueno está por venir, que tú estás por venir. Quiero recordarte como una bonita estrella fugaz, como mi lucero.

A Mario no le salían las palabras, no sabía que decir pero no se podía negar a esa petición. Asintiendo despacio para darle a entender que haría lo que le pidiese terminó de acercar su mano hasta la chica.

—Tú sí que eres mi lucero y eres capaz de iluminar la más oscuras de mis noches. — susurró mientras hacía que todos los recuerdos se eliminasen de la memoria de Amalia.

Amalia se estremeció de frío. Tardó unos segundos en procesar que se encontraba sola en la playa, quizás el día anterior había salido a pasear y se había dormido en la arena, sus padres se enfadarían con ella si lo supiesen. Desperezándose, levantó la vista al cielo, iluminado por los primeros rayos de sol y vio a lo lejos una estrella fugaz. Cerró rápidamente los ojos para pedir un deseo pero nada excepto *mi lucero* se le vino a la mente. No sabía por qué esas palabras habían aparecido en su mente pero sabía que en el fondo de su mente quizás tuviesen algún significado, uno que ella no era capaz de recordar.

—Mi estrella fugaz—dijo esas palabras en voz alta, sonaban bien. Una sonrisa tonta inundó su rostro y no sabía por qué pero estaba feliz.

—Mi lucero—respondió Mario que, a pesar de la distancia, la seguía observando con una sonrisa.

Escrito por: María Teresa Toledo Lara